

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

LA CUEVA DEL DRAGÓN – NARRATIVA FANTÁSTICA

jordi@jordicasas.xyz

www.jordicasas.xyz

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO - 2003

Copyright © 2023 Jordi Casas Bolet

Diseño, maquetación y rotulación: Jordi Casas Bolet

Ilustración de la cubierta: Juli Bellot Jordán

Los derechos de este libro quedan reservados exclusivamente a su autor.
Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna
parte de su contenido.

Impreso bajo demanda por Amazon

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

JORDI CASAS BOLET

La cueva del dragón

(Narrativa fantástica)

A mi pequeña Miquela.
Has cambiado mi vida
de arriba a abajo.
Y te lo agradezco.

Te quiero

A veces lo difícil no es comprender
lo incomprensible.
A veces, simplemente, lo difícil es aceptar
que hay algo de comprensible
en todo lo incomprensible.

--El autor--

EL ANCIANO

Unas manos callosas y ancianas; las manos de un viejo vagabundo sujetaban con delicadeza una hermosa flauta de cinco agujeros que los antiguos elfos le regalaron en señal de afecto muchísimos años atrás; cuando todavía era joven y fuerte, y sus hazañas corrieron de boca en boca por el continente de Ghregis; en los mismos tiempos en los que la llama de la esperanza todavía ardía en los corazones de tantos hombres y mujeres que esperaban que la opresión terminara y la paz regresara a sus vidas.

Sus dedos delgados pero todavía hábiles acariciaron tan peculiar madera que sólo crecía en el bosque de Arlesis; en pleno hogar de los escasos elfos que todavía quedaban vivos, mientras sus pensamientos se perdían en aquellos tiempos tantos siglos atrás que jamás regresarían.

La imagen de cien dragones volando en perfecta formación en los cielos permanecía fuertemente arraigada en su mente, y de nuevo; por enésima vez desde que el profeta del dios Torak se alzara con el poder en todo el continente, su mente volvió a evocarla y a sus oídos regresó el bramido de semejantes bestias al escupir por sus fauces el fuego infernal

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

que calcinó las esperanzas de todos aquellos que murieron defendiendo una libertad que no tardó en serles arrebatada.

El mundo se hallaba sumido en el peor caos que jamás se había creído posible. El hambre y la miseria crecían en las zonas rurales del mundo y miles de hombres y mujeres eran utilizados como moneda de cambio o vendidos como esclavos. La opresión crecía a la par que la resignación en todos aquellos que seguían adelante con sus vidas, y las arcas del viejo Talev-Khar aumentaban del mismo modo que su poder arcano. El anciano sonrió al pensar en el poderoso Talev-Khar, pero sonrió de pesar al imaginarse a aquél jovencito consentido que con tan sólo veinte años fue capaz de invocar los poderes más horribles y poderosos que se escondían en el Inframundo; en un lugar supuestamente alejado de la mano de las criaturas que habitaban Ghregis. Su poder creció hasta conseguir desafiar a los mismísimos dioses y no le costó más que un simple suspiro el reunir a un poderoso ejército para; según sus palabras, cumplir la voluntad del único y verdadero dios que merecía el respeto y la adoración de todas las razas del mundo: el dios Torak.

Con lentitud, el anciano cerró los ojos y acercó la pequeña flauta a sus labios. Mientras el débil sol de otoño se esforzaba por salir de la línea del horizonte y sus pensamientos se perdían tras los miles de recuerdos de su larga vida, las tristes y a la vez dulces notas de su minúsculo instrumento se mezclaron con el débil trino de los pocos pájaros que seguían con ánimos de trinar en aquél silencioso bosque; muchos de ellos incluso cesaron de pronto para escuchar tan hermosa melodía que fue compuesta por alguien anónimo poco después de la caída del mundo ante el poder del Único Hechicero varios siglos atrás. El continente se hallaba sumido en la desolación absoluta; pero por fortuna, nada; ni tan sólo el poder de Talev-Khar o el del mismísimo dios Torak podían impedir que, de vez en cuando, se pudiera uno deleitar con semejante y apasionada hermosura llamada música.

Pero la música jamás podría devolver la ilusión o el

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

verdadero sentido de la vida. Apenas se recordaban ya leyendas que hablaran de los unicornios, o de los lejanos días en los que se libraron sangrientas batallas por fines honrosos en todo el mundo que nadie recordaba ya; incluso en aquellas colinas en las que el anciano se hallaba sentado con la espalda apoyada en el tronco de un cedro se había derramado sangre por causas en las que cualquier hombre curtido en la batalla ansiaría dar su vida. Los magos y las brujas; los hechiceros y los grifos plateados, los dioses y los enanos habían sido borrados de la historia. Tantos reyes y emperadores que en el pasado realizaron toda suerte de hazañas habían sido eclipsados por los horribles sucesos de los últimos siglos, incluso los héroes; aquellos que despertaron la imaginación de la mayoría de bardos y trovadores no eran ahora más que volutas de humo de una varilla de incienso elevándose hacia el cielo en dirección al olvido. El mundo se estaba desmoronando y toda esperanza de liberación se hallaba sepultada en las tumbas de los que cayeron para defenderla, y manchada por la sangre que de sus heridas se derramó.

Muchos pueblos se habían alzado en armas contra la tiranía del profeta de Torak. Ya los testarudos enanos, respaldados por algunas razas bárbaras del norte osaron desafiar a las tropas badroks del Único. Insensatos, pensó el anciano al evocar las historias que se contaban sobre semejante matanza mientras interrumpió su música: Los enanos fueron casi totalmente exterminados como raza, y apenas unas docenas sobrevivían en todo el mundo en aquellos tiempos. Los justos como para evitar su completa extinción pero insuficientes como para que su testarudez y valor en el combate representara un problema para Talev-Khar y su divinidad. El vejo hechicero sabía lo que se hacía y conocía la naturaleza de cada raza que poblaba el mundo.

La mirada del anciano se perdió en el lejano horizonte mientras el sol descendía hacia las entrañas de la tierra para dar paso a la noche. Pese a que el sol seguía saliendo cada

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

mañana, el mundo vivía una noche eterna; una noche oscura y fría de invierno que jamás terminaría mientras el poderoso profeta de Torak siguiera sumiendo a todo el continente bajo su yugo opresor. Muchísimos años había pasado desde que aquél joven y ambicioso hechicero abriera un umbral a un mundo de tinieblas que le ayudaría a poseer la Eternidad. Su poder oscuro le había dado todo el mundo y una vida tan eterna como la de cualquier divinidad. Era el guardián de la sabiduría de la Magia; el único hechicero que seguía vivo. El Consejo Arcano fue derrocado hacia tanto tiempo que nadie deseaba ya recordarlo y todos sus miembros; los más poderosos hechiceros que el mundo había conocido fueron brutalmente ejecutados para evitar cualquier clase de rebeldía. Eso era lo que las habladurías contaban. Que Talev-Khar, amparado por las sombras de la oscuridad absoluta se presentó ante los miembros del Consejo y acabó con ellos con gran facilidad. Pero aquél anciano que contemplaba el horizonte y veía caer el día lentamente sabía algo que no se podía permitir repetir, y sabía otras muchas cosas que jamás tendría valor de decir en voz alta: No todos los hechiceros del mundo habían sido exterminados; todavía quedaba un viejo decrepito y de poder menguante que se arrastraba por aquél mundo sumido en tinieblas. Aunque solo era un hechicero; una única criatura arcana que escondía su naturaleza sobrenatural para no ser descubierto y quemado en la hoguera como todos aquellos que ofrecían cualquier muestra de un poder que ningún hombre ni ningún elfo era capaz de comprender. Los unicornios fueron exterminados por las leyendas que se contaban sobre sus habilidades mágicas; fueron masacrados del mismo modo que tantas otras criaturas por los propios humanos que, asustados por el poder del Único, obedecieron su mandato y asimilaron sus creencias, olvidando así todo el lazo que les había unido a los antiguos dioses.

Era el miedo lo que hacía que nadie se revelara contra Talev-Khar. El miedo que a lo largo de los seis últimos siglos

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

había arraigado en el alma de todo habitante de Ghregis. Todos ellos temían aquello que no comprendían y eso era algo que sería muy difícil; sino imposible llegar a cambiar.

La Magia; el don más maravilloso y una de las más bellas formas de arte era en aquellos tiempos una blasfemia. El anciano no pudo evitar hacer una mueca sarcástica. ¿Desde cuando el arte era blasfemo? El mundo había girado en torno al arte desde que los dioses crearan el mundo tantísimos milenios atrás. La música, la pintura, la misma magia... Todo ello era hermoso y necesario para el crecimiento del cosmos. Pero la magia era poderosa; más poderosa que la hoja de una espada; más poderosa que un ejército entero armado con aceros similares. La magia era un poder que había que controlar, y el mejor modo de hacerlo era siendo tachado de blasfemo.

¿Qué ser vivo de un mundo sumido en semejante tiranía no temería ser castigado por un dios omnipotente o incluso por su Profeta? Ya se habían dado casos a lo largo de los últimos años: Talev-Khar podía notar la energía arcana al ser proyectada en forma de hechizo y su ira ante semejante blasfemia era realmente horrible y conocida en todo Ghregis. Nadie se arriesgaría en proteger a alguien que poseyera un mínimo de conocimiento arcano; incluso las pitonisas que afirmaban ser capaces de comunicarse con los muertos eran ahora perseguidas hasta la muerte; del mismo modo que aquellos capaces de leer el futuro en las hierbas de las infusiones, o aquellos que curaban heridas y enfermedades por imposición de manos y mediante una poderosa fe a poderes invisibles. Todos ellos, sin excepción eran buscados, perseguidos y condenados a morir en las llamas purificadoras de la hoguera.

El anciano se levantó con dificultad y cogió el largo cayado de roble que reposaba a su lado mientras pensó en todo lo que había sucedido en el mundo desde que los dioses fueron repudiados y Torak se convirtió en la única divinidad digna de ser considerada Divina. Los clérigos de tantas y tantas

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

órdenes religiosas fueron también ejecutados, y los más listos (o aquellos con visión de oportunistas) se convirtieron a la nueva y única religión para así salvar la vida. Talev-Khar se había asegurado a lo largo de aquellos siglos de mantener a raya los conocimientos que podían alzar al pueblo en su contra. Su martillo era el único que golpeaba y su garra se había apoderado de las vidas y las almas de todos los habitantes del continente. Sus leyes eran acatadas por todos ellos mediante la mejor motivación posible (la del terror y el miedo absoluto) y nadie en su sano juicio podría jamás hacer que la cerrada visión de todos ellos se abriera de una vez para contemplar el mundo en el que vivían. Talev-Khar les había encadenado con gruesos grilletes, y la única llave que podía liberarlos se hallaba en su poder.

El encorvado anciano se acarició la larga barba nívea que lucía y sus ojos grises e increíblemente brillantes contemplaron cómo el sol se elevaba por fin por el horizonte. Meneó la cabeza para tratar de sacar semejantes pensamientos derrotistas de la mente y estiró los brazos al cielo para desentumecer sus viejas articulaciones. Una vez la mayoría de sus huesos crujieron sonoramente se puso en movimiento: Un estrecho sendero serpenteaba en dirección oeste y la mañana se alzaba ante él para recorrer el camino que le faltaba hasta encontrarse por fin con su destino.

EL DESTINO

El otoño llegaba a su fin y en la región Oeste de Tíranan empezaban a respirarse los efluvios del cercano invierno. Las tierras aguardaban el momento de ser labradas antes de que el manto de nieve que muy pronto caería sobre la región las cubriera por completo, y una suave pero fría brisa procedente de las nevadas cumbres auguraba que aquél año sería realmente frío.

Los ojos de la pequeña se hallaban fijos en el lejano horizonte; en el mismo lugar en que las bastas colinas de la región daban lugar a las escarpadas montañas de los Montes Perdidos, y sus pequeñas manitas acariciaban el largo pelaje blanco de un conejo de las nieves. Era la más hermosa de las flores de la aldea de Kasser, la más pequeña del clan McKessar y también la más despierta. Con tan sólo cinco años, sus ojos despedían un intenso resplandor gris cuando contemplaban el mundo con curiosidad, y su sonrisa siempre abierta se deleitaba hasta por el más insignificante detalle que la vida le ofrecía. Durante el transcurso del verano se había pasado horas corriendo por los verdes prados que rodeaban los campos cercanos a la aldea; persiguiendo

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

mariposas o saltando detrás de pequeños saltamontes y grillos. Y cada vez que algún pequeño animalillo como una liebre o una ardilla salía a su paso, la pequeña ofrecía una de sus sonrisas cautivadoras que a su padre tanto le encantaba contemplar, y corría y se agachaba detrás de ellos hasta que conseguía atraparlas. La pequeña Sarin McKessar, con tan sólo cinco años vivía completamente ajena al mundo que la rodeaba; un mundo oscuro y sumido en tinieblas que los mayores del clan trataban de esconder a sus hijos hasta que no eran lo suficientemente mayores.

Veinte eran los miembros del clan McKessar, seis familias en total. La gran mayoría eran ancianos que llevaban toda su vida en aquellos lejanos parajes; cultivando unas tierras que ya pertenecieron a sus antepasados antes incluso de que Talev-Khar se alzara con el poder. De todos ellos, la pequeña Sarin era la más querida; era un verdadero torbellino de ilusión y amor por la vida: a sus ojos todo era una aventura; todo era nuevo y maravilloso. Se divertía jugando con los niños algo mayores que ella y se lo pasaba en grande corriendo por entre las piernas de los gigantes adultos. Su espíritu alegre y despierto encandilaba al instante a todo aquél que la miraba a los ojos durante unos instantes; ya que sus enormes y preciosos ojos grises siempre brillaban de excitación y alegría.

Para todo miembro del clan, la pequeña Sarin era una niña muy especial. Su modo de ver las cosas; no de un modo infantil como el de la mayoría de niños; sino sus ganas de comprender y su aparente necesidad de aprender cada día mas sobre el mundo y la vida hacían que todos ellos contemplaran el mundo en el que se hallaban de un modo algo distinto al del resto de habitantes de Ghregis, incluso, en los últimos dos años habían instaurado un antiguo ritual que se hacía una vez al año y precisamente por aquellas fechas: el ritual de agradecimiento a la Madre Tierra por los frutos que les habían otorgado durante el año.

Sarin dejó al conejillo en el suelo y el animal correteó por

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

entre sus piernas durante unos minutos más, antes de olisquear unas florecillas y perderse en unos tupidos zarzales. Los ojos de tan inocente y despierta chiquilla contemplaron el cielo parcialmente cubierto por una delgada capota oscura, y de allí se sacudió la falda del vestido verde que llevaba y decenas de briznas de hierba seca saltaron de sus ropas al suelo. Se acercaba la hora de comer y mientras jugaba se había internado demasiado en los campos.

Nadie trabajaba en las tierras que rodeaban la pequeña aldea; a aquellas horas, cada uno de los miembros del clan se hallaba preparando el ritual que se haría al día siguiente, y Sarin tenía un pequeño papel que llevar a cabo en él: sería ella la que encendería las dos antorchas de la imagen tallada de la Madre Tierra mientras las mujeres más jóvenes entonaban el cántico; o mejor dicho, la canción en honor a ella que iniciaría la ceremonia. Sarin se hallaba exultante: era la primera vez en su corta vida en que los adultos confiaban en ella para algo tan importante para todos.

El largo cabello rubio de Sarin fue mecido por una brisa de aire frío cuando dirigió la mirada hacia el este y sus ojos se perdieron en la inmensidad del cielo encapotado. Se hacía tarde y sus padres se empezarían a preocupar. Fue entonces cuando se fijó en el sendero que discurría bordeando los campos dirigiéndose hacia el oeste y se percató de la diminuta figura que se acercaba desde allí en dirección a su aldea. Durante varios minutos, la pequeña permitió que el viajero que avanzaba a pie se acercara un poco, y no tardó demasiado en reconocer la silueta encorvada y anciana de aquél sabio medio loco llamado Barath. Acompañándose de un gastado cayado de roble o madera similar en nobleza, y siempre en solitario, el anciano se acercaba mientras el sol del mediodía caía lentamente.

Los ojos de la pequeña brillaron de excitación y una radiante sonrisa iluminó su rostro cuando echó a correr en dirección al caminante. Todos los habitantes de la aldea conocían al viejo Barath desde hacía años, y Sarin había

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

crecido con las historias que aquél viejo chiflado narraba sobre sus viajes por el mundo. Estaba segura que tendría nuevos relatos que contar, y su curiosidad fue en aumento a medida que sus cortas piernas reducían la distancia corriendo como llevadas por el viento y su cabello era acariciado por un aire que la impulsaba como un velero a través de las olas.

-Mira quién ha venido a recibirme...- soltó el anciano despojándose de la capucha que cubría su cabeza y agachándose un poco para abrazar a la niña que se lanzó contra sus piernas- La más hermosa mariposa de la región.

-Me alegro de verte- soltó la niña sin dejar de abrazarle la pierna- ¿Has venido para verme en el ritual de Otoño?

-¿El ritual de Otoño?- los ojos del anciano brillaron de incompreensión- Sí, pequeña- soltó- Precisamente he venido para verte a ti en el ritual, porque no podría hacerse sin mi colibrí preferido.

La manita de Sarin se cerró en torno a los dedos callosos del viejo, y su sonrisa aumentó en tamaño.

-Todos en la aldea están muy contentos este año. Las cosechas han sido abundantes y yo he jugado con conejos. Incluso he hablado con ellos.

-¿Y qué te han dicho los conejos?- preguntó Barath con una sonrisa. Era increíble la imaginación que aquella pequeña criatura poseía con tan tierna edad.

-Me han dicho que seré importante- soltó con una nueva sonrisa que derritió el corazón del anciano- Y que me aguarda un viaje.

Al oír aquello, el rostro del Barath se oscureció y durante un instante sintió que sus piernas flaqueaban ligeramente y un estremecimiento helado sacudió su encorvada espina dorsal. Una sensación de que algo extraño estaba sucediendo antes de tiempo se adueñó de su alma y le infligió un ligero temblor en el estómago. Pero por fortuna, todo ello remitió en el preciso instante en que las manitas de aquella preciosa niñita se cerraron en torno a las suyas.

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

-Súbeme como hacías antes- rogó la niña con una mirada cándida.

-Te advierto que ya estoy viejo para ciertas cosas- soltó el anciano meneando la cabeza una única vez- Posiblemente me hagas pedazos la espalda.

-Por favor...- volvió a rogar la niña a base de pucheros, y de nuevo, el corazón del viejo se derritió al contemplar la mirada carente de malicia y rebosante de bondad de tan bello ángel celestial.

-Está bien, pequeña- musitó el anciano arrodillándose para que la niña subiera sobre sus hombros- Pero solo un trecho del camino- una vez de nuevo en marcha, y con Sarin sobre sus hombros extendiendo las manos al cielo como si pretendiera coger una porción de nubes, Barath preguntó- ¿Y qué mas te han dicho los conejos?

-Que tengo que ser fuerte, y que soy muy especial- los ojos de la niña se encendieron cuando contempló el vuelo de un enorme ave que volaba a gran altura sobre su cabeza; cortando las nubes con sus poderosas alas.

-¿Y necesitas que un conejo te diga eso?- la voz de Barath delató lo mucho que quería a aquella pequeña niña- Eso te lo podía decir yo. Para mí eres la más hermosa flor de todo Ghregis. La estrella más brillante de todo el firmamento.

-¿Te casarás conmigo cuando sea mayor?- soltó con una sonrisa radiante y extendiendo sus brazos en cruz.

Barath no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

-Como te decía antes, estoy demasiado viejo para ciertas cosas. Y tú tienes demasiada energía para mí- entonces torció la cabeza todo lo que pudo y le guiñó un ojo- Pero claro que me casaré contigo, pequeña. Algún día.

Los ojos de Sarin volvieron a perderse en el cielo mientras dejaron atrás los campos y se acercaron a la aldea. Desde su posición podían oír ya los gritos de la madre de Sarin llamándola para comer, y por ello apretaron el paso en su dirección. Fue en ése preciso instante cuando la mirada siempre despierta de tan pequeña niña volvió a escrutar las

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

nubes que se cerraban lentamente sobre su cabeza, y sus vivarachos ojos grises se clavaron en aquél ave que acababa de ver unos minutos antes. Pese a su corta edad y a que jamás había visto a una criatura semejante, la niña entrecerró los ojos ligeramente y señaló en su dirección con un dedo extendido.

-Barath, ¿aquello de allí es un dragón?

El rostro del viejo se ensombreció al oír las palabras de la niña y no pudo evitar dirigir la mirada hacia el lugar que seguía señalando.

-¿Dónde lo has visto?- exclamó con su diestra ante los ojos a modo de visera.

-Allí, al lado de la nube en forma de paloma.

Durante varios instantes los ojos grises del viejo barrieron el cielo en busca de cualquier criatura que pudiera moverse en el aire. Las nubes crecían y se compactaban y era francamente difícil poder ver algo que volara a gran altura. Tuvo que detenerse un momento en mitad del camino para mirar mejor, y poco después vio aquello que había llamado la atención de la niña. No pudo evitar soltar un suspiro de pesar cuando reconoció la inequívoca silueta que planeaba a centenares de metros de altura y dirigiéndose hacia el norte:

Sus escamas verdes centelleaban bajo los escasos rayos de sol que lograban atravesar la creciente capota que cubría el cielo. Unas largas y poderosas alas; capaces de elevar a semejante coloso del aire a velocidades casi de vértigo se hallaban completamente extendidas e inmóviles para aprovechar al máximo las violentas corrientes de aire de las alturas. Tanto su cuello largo y poderoso como su cola se hallaban también completamente extendidas para ofrecer una nula resistencia al viento, y sin siquiera moverse en el aire lo cortaba como una flecha escamosa a una velocidad francamente reducida. Barath frunció el ceño y meneó la cabeza. Ver a una manada de dragones volar en formación era un presagio realmente horrible. Pero contemplar a una única criatura de aquellas, planear a tantísima altura y sin

MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

siquiera batir sus alas era una señal todavía peor. La espalda del anciano se sacudió con un leve estremecimiento e incluso le pareció sentir una corriente de aire helado acariciar su largo y níveo cabello. Contemplar aquella criatura a través de las densas nubes era un mal augurio: una señal de que algo espantoso se estaba cerniendo sobre el mundo.

-Vamos a la aldea- musitó Barath tratando de olvidar semejante suceso y mostrando a la niña una fingida expresión de sosiego- Tu madre te espera.